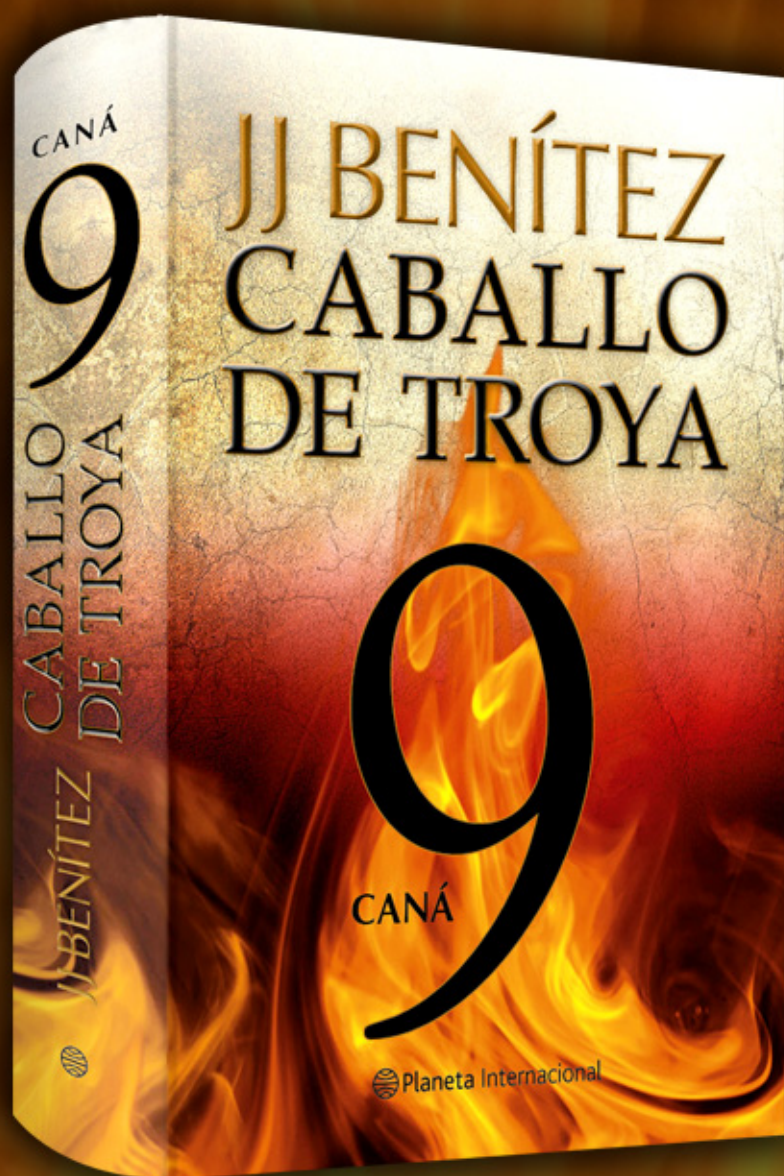


JJ BENÍTEZ

EL ESPERADO DESENLACE DE LA GRAN SAGA CABALLO DE TROYA



*CANÁ. CABALLO DE TROYA 9 :
NADA ES LO QUE PARECE*

EL DIARIO

(Novena parte)

30 de enero, miércoles (año 26)
(Tercera semana en Beit Ids)

Jesús de Nazaret siguió descendiendo por la ladera con sus habituales zancadas. El objetivo, parecía claro, era «Matador», el maldito jovenzuelo que gobernaba la banda de los *dawa zrad* (la «maldición de la langosta» en el lenguaje de los *badu*, los beduinos de Beit Ids). Por detrás, a escasa distancia, le seguía Dgul, el capataz del olivar, con la «tembladera» entre las manos. Ambos parecían dispuestos a terminar con aquella lamentable situación. Y yo, sin pensarlo, me fui tras ellos. Pero, lamentablemente, cuando apenas había dado un par de pasos, el árabe agitó de nuevo la antorcha que sostenía en la mano derecha y la arrojó al interior de la canasta. Me detuve espantado. Las llamas prendieron en las ropas del niño y, al instante, Ajašdarpan se convirtió en una bola de fuego. El enebro (una especie de aguardiente), vertido por aquel canalla sobre los harapos del pequeño de los huesos de «cristal», resultó determinante. Las llamas se propagaron veloces. Y el árabe acertó a gritar por segunda vez:

—*Smiyt... i... qatal!* (Mi nombre es «Matador».)

Sentí cómo el mundo se derrumbaba. El Maestro y el capataz no habían llegado a tiempo...

Fue todo tan rápido...

Y en eso, nada más arrojar la tea en la canasta de cornejo, y gritar su nombre, «Matador» cayó fulminado. ¿Qué había sucedido? Jesús y Dgul estaban a punto de alcanzar la espuerta en la que ardía el niño.

Comprendí.

Por detrás de aquel malparido apareció la figura de la mendiga, tambaleante, y con una piedra en la mano izquierda. La mujer lo había golpeado en el cráneo y Qatal cayó a

sus pies. El resto de la banda, al percatarse de la suerte de su jefe, soltó las ollas que blandían como mazas, y con las que habían aplastado a Ajašdarpan, y huyó por el olivar.

Todo quedó en silencio. Todo el mundo miraba hacia la canasta de madera en la que se consumía el niño.

Supuse que estaba muerto...

Y al llegar frente al fuego, el Maestro, sin dudarlo, se despojó de la túnica y la arrojó al interior de la espuerta, al tiempo que palmeaba sobre el cuerpo de la infortunada criatura en un intento por sofocar las llamas. Dgúl se unió a Jesús y, entre ambos, procedieron a rescatar al niño del interior de la canasta. Y en el suelo, de rodillas, continuaron el dudoso trabajo, en un más que difícil intento por salvar la vida del pequeño. El resto de los *felah* se movilizó y acudió en ayuda de Jesús y del capataz. Yo, desconcertado y roto, me fui tras ellos.

Alguien procedió a apagar el fuego que, prácticamente, había consumido la canasta. El Maestro continuaba de rodillas. El niño no se movía. Tampoco escuché un solo gemido. Deduje que, tras los golpes y el incendio, Ajašdarpan tenía que haber muerto. Nadie, en su estado, hubiera resistido algo semejante.

Y durante algunos segundos, eternos, nadie hizo nada; nadie dijo nada. Jesús, con el cabello recogido en su habitual cola, permanecía inmóvil, mudo y con la vista fija en la túnica blanca que envolvía a la criatura.

Mala suerte, pensé.

Y el capataz procedió a retirar la túnica. Al contemplar al pequeño, un murmullo se alzó entre los campesinos. Quien esto escribe bajó la mirada, horrorizado.

«Ajašdarpan está muerto.» Ése fue mi pensamiento al contemplar al niño. Dgúl trató de encontrar algún vestigio de vida en el cuerpo carbonizado. Yo intenté superar el dramático momento y me concentré en una atenta observación de la criatura. El capataz negó con la cabeza. Era la primera vez que no le veía sonreír. Busqué el pulso y, ante mi sorpresa, comprobé que el bueno del capataz estaba equivocado. El niño presentaba un pulso débil y filiforme, como un hilo. Quedé asombrado. Aquella criatura resistía con todas sus fuerzas. El panorama, sin embargo, era desolador. Las llamas lo habían consumido, prácticamente. El cuerpo, sin

ropas y sin pelo, era una costra negra, apergaminada hasta el desbridamiento, y colonizado por un buen número de flictenas (ampollas) de todos los tamaños, que variaban entre el blanco y el rojo cereza. No distinguí zona del cuerpo que no se hubiera visto afectada por el fuego. Las quemaduras del tórax y de las extremidades eran especialmente graves. Las llamas, que probablemente habían superado los 70 grados Celsius, habían dejado al descubierto, bajo la escara o costra negruzca, parte de los músculos y de los huesos. Aunque el fuego había afectado gravemente a la cabeza y a la cara, provocando la atresia (oclusión de las aberturas naturales, especialmente de la nariz), Ajašdarpan mantenía una respiración debilísima, pero suficiente. El resto de la exploración fue igualmente terrorífica. Era un milagro que el niño siguiera con vida. Las quemaduras en los pies y en los genitales externos eran muy profundas, y lo mismo sucedía con los pliegues de flexión, cuello y zonas de cicatrización queloidianas (región deltoidea y cara anterior del tórax). Recurrí a la llamada «regla de los 9», de Wallace, para intentar conocer la extensión aproximada de las quemaduras (1), aunque sabía que este procedimiento no era el ideal en el caso de un niño, debido a las proporciones, relativamente distintas, de la cabeza, extremidades y tronco. Repetí la operación y el resultado, siempre aproximado, me dejó sin aliento: más del 80 por ciento del cuerpo aparecía consumido por las llamas. El pronóstico, por tanto, era muy grave. La probabilidad de muerte era elevadísima.

Dgul me observó, impaciente. E hice lo único que podía hacer. Le dije la verdad. El niño tenía pocas posibilidades de salir adelante. Aun así, el voluntarioso capataz se dirigió al grupo de *felah* que seguía atento y ordenó a las mujeres que dispusieran de agua fría y limpia y aceite en abundancia. No repliqué.

El Maestro continuaba inmóvil, atento al niño y, supongo, a mis exploraciones.

No pude ser preciso a la hora de evaluar el tipo y la pro-

(1) «Regla de los 9»: cabeza y cuello, 9 % de la superficie corporal total; brazos, 9 %; cada pierna, hasta el pliegue glúteo, 18 %; tronco anterior y posterior, 18 % cada uno; perineo, 1 %. Lo ideal hubiera sido utilizar el esquema de Lund y Browder, pero no fue posible. (*N. del m.*)

fundidad de las quemaduras. El cuerpo, como dije, era un amasijo de ampollas y carne carbonizada. Había quemaduras de segundo grado y, sobre todo, de tercero y cuarto (1). Supuse que, al margen del intenso dolor inicial, Ajašdarpan no había sufrido demasiado. Las quemaduras de tercer y cuarto grados habían destruido las terminaciones nerviosas y eso, aunque no significaba un consuelo, al menos me hizo sospechar que el dolor había desaparecido. Otra cuestión era el *shock* y las posibles infecciones que podían derivarse de las terribles quemaduras. Lo más probable es que el niño de los huesos de «cristal» hubiera experimentado ya un *shock* hipovolémico, como consecuencia de la enorme pérdida de fluidos corporales. Yo no podía medirlo en esos momentos, pero deduje que el aporte sanguíneo había descendido bruscamente. Aquello hacía más comprometida su situación. Para compensar el *shock* hubiera tenido que administrarle entre 100 y 200 mililitros/hora de un *ringer lactato*. Pero eso, obviamente, era imposible. Examiné nuevamente las quemaduras y comprendí que, si seguía vivo, las infecciones no tardarían en asaltarlo. Al destruir la epidermis, la invasión bacteriana se presentaría de inmediato. Primero los estreptococos y los estafilococos; después, a los pocos días, las bacterias gramnegativas y una extensa flora mixta (2).

(1) Las quemaduras de primer grado son las más leves. Ejemplo: las producidas por una exposición excesiva a los rayos ultravioleta del sol. En las de segundo grado se producen ampollas como consecuencia de la extravasación de plasma. La capa superficial de la piel queda destruida, afectando igualmente a la dermis papilar. Las quemaduras de tercer grado afectan a todo el espesor de la piel. Los vasos quedan trombosados. El fuego necrosa los tejidos, llegando a interesar zonas de grasa, músculos y huesos. Respecto a las de cuarto grado, la carbonización es más o menos profunda, destruyendo igualmente toda clase de tejidos, músculos y huesos. La vida aparece comprometida, no tanto por la profundidad de las quemaduras, sino, más bien, por la extensión de las mismas. Incluso las de primer grado pueden resultar mortales si alcanzan un tercio de la superficie total del cuerpo. Esto resulta especialmente grave en el caso de los niños. Ajašdarpan, por tanto, se hallaba en una situación altamente comprometida (prácticamente muerto). (*N. del m.*)

(2) La septicemia es una de las graves amenazas tras las quemaduras. La infección era inevitable dado que los detritus celulares que forman la costra o escara que recubre la piel quemada provocan un exudado rico en proteínas. Esto constituye un caldo de cultivo en el que proliferan fá-

Me sentí desolado. Había empezado a experimentar afecto por aquel infeliz...

En cuanto a las fracturas, sinceramente, me negué a explorar. El pequeño, como ya relaté, padecía una enfermedad extraña, una osteogénesis imperfecta (1), como resultado de un defecto genético. Los huesos presentaban una extrema fragilidad, como el cristal, con deformaciones esqueléticas, articulaciones sin fuerza, musculatura débil y una piel frágil, con cicatrices hiperplásicas, siempre llena de moratones. Los golpes, con seguridad, habían pulverizado los huesos, provocando toda clase de fracturas; algunas, supuse, de especial gravedad. Pero me negué a una palpación inicial. No deseaba añadir dolor al dolor...

La muerte se presentaría en cuestión de minutos; quizá, con suerte (?), en horas. Y yo no podía hacer absolutamente nada. Me sentí frustrado. Más que eso: me sentí aplastado por la impotencia y por una tristeza infinita, como hacía mucho que no experimentaba. Necesitaba alejarme de aquel lugar. Y pensé en regresar al olivar, o quizá a la cueva. Eché un vistazo a mi alrededor. Fue entonces cuando reparé en «Matador». Casi lo había olvidado. Permanecía inmóvil, a escasa distancia. Y necesitado, como digo, de un respiro me alejé del niño y de los que lo rodeaban.

Aquel otro infeliz, porque de eso se trataba, sin duda, estaba muerto. La afilada piedra utilizada por la mendiga le había abierto la base del cráneo. Y allí seguía, incrustada en el hueso occipital, relativamente próxima a la nuca. De la mendiga, por cierto, ni rastro. Nadie se había preocupado del árabe, de momento. Y deduje que el resto de la banda no tardaría en volver. Aquel asunto no estaba cerrado... Y temí lo peor. ¿Debía convencer al Maestro para abandonar aquel lugar? Aquello empezaba a tener mala cara.

El cielo siguió cubriéndose. La lluvia «dócil» —la *es-sa ra*—, como la llamaban los *badu*, no tardaría en presentarse. ¿Qué hacer? El instinto tiraba de mí. Hubiera sido más prudente alejarse de la colina «800» y retornar a nuestro

cilmente los gérmenes saprofitos existentes en las proximidades. Al perder la barrera inmunológica, debido a la desaparición de inmunoglobulinas, los microorganismos se multiplican sin cesar. (N. del m.)

(1) Amplia información en *Jordán. Caballo de Troya* 8. (N. del a.)

hogar, en la cueva de la llave. Pero sólo era un observador. No debía decidir.

Y en esos instantes, mientras me debatía entre estos pensamientos, oí aquella familiar voz. Era Jesús. Cantaba en hebreo. Me puse en pie y contemplé al grupo. Las mujeres acababan de regresar. Portaban el agua y el aceite solicitados por Dgul. Habían extendido una esterilla de hoja de palma sobre el terreno y, al parecer, aguardaban la orden para atender al niño. Todos parecían desconcertados. Regresé junto al capataz y lo que vi también me dejó perplejo...

El Maestro había tomado a Ajašdarpan y lo mantenía abrazado contra su pecho. Los brazos del pequeño colgaban inermes. La cabeza, carbonizada, descansaba sobre el poderoso hombro izquierdo del Maestro.

Sentí un escalofrío.

Jesús, de rodillas, acunaba al pequeño con un suave movimiento de los brazos. Todos, como digo, nos hallábamos perplejos.

El Galileo mantenía los ojos bajos y entonaba un salmo...

—Revivirán tus muertos... mis cadáveres se levantarán... se despertarán, exultarán los moradores del polvo...

Creí reconocer los versículos. Eran del profeta Isaías (26, 19).

Dgul, poco a poco, fue perdiendo su habitual sonrisa, hasta que desapareció. ¿Qué estaba sucediendo? Supuse que todos los allí presentes entendieron que Jesús se despedía del pequeño Ajašdarpan. Eso fue lo que interpreté pero, una vez más, me equivoqué...

Y fue la evidencia lo que me devolvió al buen camino. Jesús elevó el tono de su voz y levantó el rostro hacia el nublado y espeso cielo. Abrió los ojos y el color miel nos alcanzó a todos.

—... Pues rocío de luces es tu rocío...

Fue instantáneo. Creí comprender. Un Hombre-Dios había descendido para abrazar a la más humilde de las criaturas, y la abrazaba y la acunaba con ternura; la ternura infinita de un Dios.

Y volvieron los escalofríos.

¡La infinita misericordia de un Dios se hallaba ante mí! Y el Maestro continuó con la canción, y con el leve movimiento, y con su amor hacia el desgraciado mestizo.

—... y la tierra echará de su seno las sombras...

La voz se quebró. Jesús bajó la cabeza y, al momento, dos lágrimas rodaron por las mejillas, perdiéndose, tímidas y rápidas, entre la barba. Y la emoción que escapaba del Maestro hizo presa en los que contemplábamos la escena. Sentí un nudo en la garganta y vi cómo los ojos del capataz se humedecían.

No sé explicarlo pero, en esos momentos, mientras el Hombre-Dios permanecía con la cabeza baja, y abrazando amorosamente al niño de los huesos de «cristal», una brisa llegada de alguna parte se unió a nosotros y todos lo percibimos: el lugar se llenó de un intenso perfume a mandarina. Yo, en esos instantes, comprendí a medias...

Jesús no volvió a cantar y permaneció un tiempo en la misma postura, abrazando al agonizante Ajašdarpan. Después, con la misma ternura, fue a depositar un largo beso en la piel ennegrecida del pequeño.

Calculo que sería la hora quinta (hacia las once de la mañana) cuando sucedió lo que sucedió. Todos lo vimos. Todos fuimos testigos. No fue una alucinación. Fue algo real e inexplicable. Yo lo había contemplado en otras ocasiones, y así fue narrado en estos diarios. Y a día de hoy no he sido capaz de encontrar una explicación lógica y racional. Pero debo ajustarme a los hechos tal y como sucedieron...

De pronto, como digo, mientras asistíamos al tierno abrazo, todo, a nuestro alrededor, incluyendo las ropas, las manos, las caras, los árboles, las piedras, todo, se volvió de color azul. Nos miramos los unos a los otros atemorizados. Las mujeres y los *felah*, instintivamente, dieron un paso atrás. Dgul y quien esto escribe intercambiamos una mirada, tratando de hallar una explicación. Ninguno de los dos acertamos a abrir los labios. Aquel azul nos tenía hipnotizados.

Y a los tres o cinco segundos todo volvió a la normalidad.

Debí imaginarlo. Debí recordar lo sucedido en otras oportunidades. Aquel azul era un aviso. Algo extraordinario estaba a punto de ocurrir...

Jesús, entonces, se dirigió a las mujeres y rogó que se hicieran cargo del pequeño. Fue en esos instantes cuando

me pareció ver en las sienas de Ajašdarpan unas gotas de sudor. Era un sudor de color azul, pero no me atrevo a asegurarlo al ciento por ciento.

Torpe de mí...

Necesitaría un tiempo para percatarme del especialísimo valor simbólico de aquel salmo sobre el rocío y del sudor azul. En realidad fue mi hermano, Eliseo, quien sabría interpretarlo. Pero ésa es otra historia...

A partir de esos momentos, todo discurrió a gran velocidad.

Más o menos, éste fue el orden, según recuerdo:

El Maestro se puso en pie. Recuperó la túnica blanca. Se enfundó en ella y, sin mediar palabra, se alejó hacia el olivar con sus típicas zancadas. Recuerdo que me llamó la atención la lana de la túnica. Aparecía chamuscada en algunos puntos. Y quien esto escribe, nuevamente desconcertado, no supo qué hacer. Miré al capataz y éste, comprendiendo, me devolvió una sonrisa. El trabajo había terminado, al menos por aquel día. Y, confuso, me fui tras los pasos de Jesús de Nazaret. El Hombre-Dios se perdía ya entre los *zayit*, los corpulentos olivos de la colina que yo había bautizado como la «800», de acuerdo con su altitud.

Y a los pocos pasos empecé a oír gritos. Me volví y contemplé otra extraña escena: las mujeres, los campesinos, el capataz, todos corrían en desorden y tropezando los unos con los otros. No terminaba de comprender.

Regresé e intenté, en vano, interrogar a los *felah*. Nadie me escuchó. Parecían histéricos. Corrían. Gritaban. Lloraban. Estaban pálidos. Y, de pronto, caí en la cuenta: el niño no se hallaba en el lugar. Busqué, pero fue inútil. Y en eso acerté a tropezar con Dgul. Se hallaba de rodillas, con los ojos perdidos en el horizonte, y su eterna sonrisa. No fui capaz de sacarle una sola palabra. Por un momento pensé en la banda de la «langosta». ¿Habían regresado, tal y como llegué a suponer? Pero no distinguí a ninguno de los jovenzuelos. El cadáver de Qatal («Matador») seguía en el mismo lugar.

Volví a interrogar al capataz, y esta vez pregunté por Ajašdarpan. ¿Qué demonios sucedió en esos escasos minutos, mientras me alejaba hacia el olivar? Finalmente, sin palabras, el buen hombre indicó con la mano la dirección

de Beit Ids. Fue entonces cuando descubrí la familiar figura de aquel personaje. Se alejaba por el caminito de tierra que, efectivamente, conducía a la aldea. No estaría a más de cuarenta o cincuenta metros de nosotros.

El corazón me dio un vuelco.

Aquel individuo era el tipo de dos metros de altura que había visto surgir en lo alto de la «800». Pero, absorto en el ataque de «Matador» y su gente, la verdad es que lo perdí de vista, y lo olvidé.

No cabía duda. Era él. La singular ropa cambiaba de color, tal y como había visto en el pozo de Tantar. Era el hombre de la sonrisa encantadora...

Se alejaba hacia Beit Ids, en efecto, y llevaba a un niño de la mano... Un niño desnudo...

Sentí otro escalofrío.

No era posible. Me negué a aceptar una idea tan absurda.

¿Ajašdarpan?

No era viable. No lo era... El niño estaba agonizante. Aquél, sin embargo, caminaba con toda naturalidad. Ajašdarpan, además, padecía una osteogénesis imperfecta. Sencillamente, no podía caminar con tanta soltura.

No sé cómo explicarlo. Sentí miedo. De pronto me vi asaltado por un pánico irracional. Quizá no deseaba enfrentarme a la realidad...

Y, sin pensarlo, di media vuelta y hui del lugar...

Había empezado a llover mansamente.

Al adentrarme en el olivar de la «800» comprendí que el Maestro había desaparecido. No sabía cuáles eran sus intenciones. Sencillamente, lo había perdido, una vez más. Y dudé. ¿Me dirigía a la cueva? ¿Se había trasladado el Galileo a la colina de la «oscuridad», la «778»? Me dejé llevar por el instinto y tomé el camino de la cueva. Volví a equivocarme. ¿O no? Jesús no se encontraba en la caverna que nos servía de refugio. Y me senté al pie del camino, cerca del arco de piedra que preservaba la entrada de dicha cueva. Traté de tranquilizarme. Jesús regresaría. Quizá se hallaba en lo alto de la colina de los *žnun*, la referida «778», en comunicación con su Padre, como hacía habitualmente. Y

aquel súbito e incomprensible miedo, el que me había asaltado al ver al hombre de la sonrisa encantadora, se sentó a mi lado. ¿Qué sucedía? ¿Por qué tanta confusión? ¿Por qué me negaba a aceptar lo que parecía evidente? Y reaccioné como un perfecto estúpido: era un científico... No podía aceptar que un ser agonizante, un gran quemado, volviera a la vida en cuestión de segundos o minutos. Porque de eso se trataba: de aceptar un milagro. Jesús había abrazado al niño, cierto, y lo mantuvo entre sus poderosos brazos, cierto, y todos presenciábamos aquella singular luminosidad azul... Pero no, me negué a admitir que Jesús hubiera hecho el prodigio. Lo más probable es que Ajašdarpan se hallara en otra parte. Alguien, en la confusión, pudo haberlo trasladado... Pero, entonces, ¿a qué obedecía el pánico de los *felah*? ¿Por qué el capataz no articuló palabra cuando lo interrogué? Y lo más importante: ¿quién era aquel niño que caminaba hacia la aldea de Beit Ids y de la mano del personaje de la sonrisa encantadora? Me reproché la falta de valor. Tenía que haber alcanzado al hombre de dos metros de altura y despejado el misterio. Pero estaba donde estaba, y eso no podía cambiarlo...

Y sumido en estos tormentosos pensamientos, a eso de la hora nona (tres de la tarde), vi llegar por el camino a uno de los *abed*, uno de los esclavos negros de Yafé, el *sheikh* o jefe de los beduinos de Beit Ids. Preguntó por el Maestro. No supe darle razón. Y, decidido, me indicó que lo siguiera. Yafé, el guapo, el hombre que nunca terminaba las frases, también deseaba interrogarme. Tuve un presentimiento, y no me equivoqué. Esta vez no. El Destino sabía...

Había dejado de llover. El *sheikh* esperaba sentado frente a la gran casona, la *nuqrah*, y rodeado de sus perros, los fieles galgos persas. Al principio, de acuerdo con la costumbre, ni siquiera levantó la vista. Y siguió trenzando nudos marineros. Nudos, como ya expliqué, que deshacía de inmediato. Finalmente alzó la mirada y me invitó a tomar asiento. Los atractivos ojos verdes, perfilados en negro por el *kohl*, fueron cambiando al gris plata, según decaía la luz. Calculé que faltaban dos horas para el ocaso.

Y «el guapo que, además, piensa» (ése era el significado completo de su apodo) preguntó por el Príncipe Yuy (así llamaban a Jesús entre los *badu* de Beit Ids). Le dije la ver-

dad. No sabía dónde se hallaba. Y acto seguido se interesó por lo ocurrido en las proximidades del olivar de la «800». Comprendí. En aquel remoto lugar, las noticias volaban. Y supuse que se refería al brutal ataque de «Matador» y su banda.

Yafé negó con la cabeza, y añadió:

—Eso ya lo sé, pero no...

Deduje que alguien le había informado puntualmente sobre el caos que se registró después. Pero me hice de rogar...

—No sé a qué te refieres.

—¿Qué sucedió después? Esa mala bestia recibió su merecido, pero después...

—¿Después? No sé...

—Sí, después del ataque. Ajašdarpan...

—¿Ajašdarpan?

El *sheikh* empezó a impacientarse. Estaba claro que disponía de toda la información, pero trataba de asegurarse.

—Sí, después... Sé que tú y el Príncipe Yuy estabais allí. Ajašdarpan, entonces...

—El Príncipe se alejó. En cuanto a mí, sí, estaba allí, pero fue como si no estuviese...

El jeque me miró sin comprender.

—¿Estabas pero no estabas...?

—Algo así —resumí—. Sinceramente, no sé qué sucedió. Todos se volvieron locos.

Yafé reclamó al esclavo negro. Le susurró algo al oído y el *abed* se perdió bajo el *qanater*, el arco de piedra de la casona. Al poco, tras el esclavo, vi aparecer a Dgul, el capataz, y a varios de los vareadores que asistieron a los tristes sucesos en las proximidades de la «800». A qué negarlo: me vi sorprendido. ¿A qué venía todo aquello? Y a una señal del «guapo», Dgul empezó a hablar, haciendo un detallado recorrido por los mencionados sucesos. Habló de «Matador» y de su gente, del incendio del campamento y de la brutal paliza al niño de los huesos de «cristal». Por último se refirió a Ajašdarpan y aseguró que, tras el abrazo de Jesús de Nazaret, nada más depositar al agonizante en las manos de las mujeres, el pequeño se puso en pie, como si tal cosa. ¡Estaba sano! ¡Había recuperado la salud! Los *felah* asintieron. Después —finalizó Dgul— llegó aquel hombre extraño, cuya vestimenta brillaba, y se llevó al niño de la mano.

Mi asombro no pasó desapercibido para el *sheikh*.

—¿Fue él, el Príncipe Yuy, quien hizo el prodigio y salvó al...?

Me encogí de hombros. Y, como pude, le hice ver que no sabía nada de semejante prodigio. Es más: dudaba que aquel niño, al que yo había visto de lejos, fuera Ajašdarpan.

Miré al capataz y me llené de vergüenza. Aquel hombre jamás mentía, y era un excelente observador. Pero yo no podía aceptar algo tan increíble. Nunca aprenderé...

Parecía como si Yafé estuviera esperando aquel momento. Y sin dejar de contemplarme batió palmas. Al punto, del interior del hogar, salieron cuatro mujeres. Eran las que se habían hecho cargo del niño cuando Jesús así lo solicitó.

Presentí algo...

Entonces apareció él. Era el muchacho que había contemplado en el camino hacia Beit Ids, el que se alejaba de la mano del hombre de la sonrisa encantadora.

Creo que palidecí.

El *sheikh* siguió en silencio. Todos me observaban con curiosidad.

No era posible, me decía una y otra vez.

El niño aparecía cubierto con un lienzo.

—Éste es Ajašdarpan —intervino Yafé sin disimular su regocijo—. Puedes preguntarle si es tu deseo o bien...

Me armé de valor y me aproximé al niño. Todos se mantuvieron en un respetuoso silencio.

Creo que dibujé una sonrisa y retiré el lienzo. El niño quedó completamente desnudo.

Me bastó un primer vistazo para entender que allí había una confusión. Aquella criatura no presentaba quemadura alguna. La piel era tersa, limpia y sin rastro de costras y ampollas. Yo había observado los huesos, la grasa y los músculos calcinados en algunas de las quemaduras de tercero y cuarto grados. Yo había examinado la cabeza, sin pelo, y los conductos nasales obstruidos y deformados por las llamas. En las quemaduras profundas, con la destrucción de la epidermis y buena parte de la dermis, la reepitelización es un proceso lento, dando lugar a cicatrices deformantes. Pero ¿qué tonterías estaba pensando? Con una extensión del 80 por ciento, las quemaduras, aceptando que Ajašdarpan se hubiera recuperado, que era mucho aceptar,

hubieran necesitado meses para su recuperación e, insisto, las cicatrices habrían resultado terribles. No, aquello no tenía nada que ver con lo que yo había visto. Tenía que haber un error, necesariamente. Tampoco su aspecto era el que yo recordaba. Aquel niño no presentaba ninguna malformación aparente. Ajašdarpan, como expliqué, sufría una osteogénesis imperfecta, con un singular desarrollo del cráneo. Llamaba la atención, justamente, por la forma triangular de la cabeza, en forma de pera invertida, provocada por el empuje del encéfalo. Ello, a su vez, daba lugar a una micrognatia o pequeñez anormal del maxilar inferior. Su nariz era picuda y los ojos exageradamente separados (hipertelorismo). Todo ello, en definitiva, le proporcionaba un aspecto monstruoso. El muchacho que tenía ante mí presentaba un cráneo normal, con un cabello negro y rizado y unos ojos claros, llenos de vida. Era el único detalle —el de los ojos— que sí recordaba la «mirada azul» de Ajašdarpan. No, aquél no era el niño que yo había conocido. De eso estaba seguro. En cuanto a los movimientos, tampoco tenían nada que ver con los de Ajašdarpan. Aquel jovencito caminaba sin problemas. No padecía escoliosis o desviación lateral de la columna. Sus músculos parecían fuertes y sanos y también las articulaciones. No, aquella lámina no era, ni remotamente, la de un enfermo de osteogénesis imperfecta.

Me volví hacia el *sheikh* y negué con la cabeza.

—Este niño —expresé, rotundo— no tiene nada que ver con el que vi en el olivar. Es imposible. Tiene que haber un error...

Sin darme cuenta, acerté en mi apreciación. Aquel niño no tenía nada que ver con el que había examinado... Pero no comprendí.

Y antes de que nadie acertara a pronunciarse, el niño abrió los labios y emitió unos sonidos guturales, confusos. Me volví y le vi sonreír. Los dientes tampoco aparecían desordenados y con aquel brillo céreo y azulado que caracterizaba la dentadura de Ajašdarpan. Me reclamó y me aproximé, intrigado. Mantuvo la sonrisa. Alzó la mano izquierda y fue a repetir una escena que yo había contemplado el día anterior, cuando pregunté a Ajašdarpan si entendía el arameo. Llevó la mano izquierda, como digo, a la altura de la

oreja y lo hizo muy lentamente. Sentí un escalofrío. Después, con idéntica lentitud, sin dejar de sonreír, tocó la oreja dos veces. Por último, muy despacio, dejó caer los dedos hacia los labios. Y negó con la cabeza.

¡Oh, Dios! ¡Era él! ¡Era Ajašdarpan! Pero ¿cómo era posible?

Si no recordaba mal, ese martes, 29 de enero, al ofrecerle mi escudilla de madera con el *tagine* y preguntarle si comprendía el arameo, allí, junto al pequeño, sólo se hallaba la mendiga, más que ebria, y, algo más atrás, los tres zagales que acompañaban a Ajašdarpan en la rebusca de la aceituna. Ni la mendiga ni los muchachos prestaron atención a la escena en la que Ajašdarpan me hizo saber que era sordo. Fue un «diálogo» entre él y yo, exclusivamente. Nadie más fue testigo, que yo supiera.

Pero, entonces...

Volví a examinarlo. Ajašdarpan me dejó hacer.

Ni rastro de las quemaduras... Ni rastro de la osteogénesis...

Caí de rodillas, perplejo. Y pregunté, como pude:

—¿Puedes oírme?

El niño asintió con la cabeza, al tiempo que emitía aquellos sonidos guturales.

¡Dios mío!

Creí comprender. El niño había recuperado la audición pero, obviamente, no sabía hablar.

—¿Eres Ajašdarpan?

Asintió por segunda vez, y al instante. Lo vi sonreír. No sé si era consciente de lo ocurrido. Probablemente no. Pero ¿qué importaba eso? Y percibí cómo mi corazón se ahogaba. No entendía nada de nada, pero sabía que me hallaba ante un prodigio. Algo extraordinario acababa de suceder en aquel remoto paraje de la Decápolis. Algo que jamás sería relatado por los evangelistas...

Y, confuso, me alcé y fui a situarme frente al capataz. Supliqué su perdón y Dgul, sin más, me obsequió con la mejor de sus sonrisas.

Me despedí del *sheikh* y me alejé en dirección a la cueva. Me ahogaba, sí...

El Maestro no había regresado. Y me senté al pie del camino, frente a la cueva, en un pésimo intento por ordenar

los pensamientos. Nada era lógico. Nada tenía sentido. Yo era un científico... ¿Qué fue lo sucedido en la «800»?... Jamás vi algo semejante... La ciencia no puede aceptar una cosa así... ¿Estaba alucinando?... ¿Se trataba de un sueño?... Quizá estaba a punto de despertar... No, no era un sueño... Otros también lo vieron... El niño estaba allí, a dos pasos, y sano... El niño oía... ¿Qué fue de las quemaduras?... ¿Quién transformó su piel y su cráneo?... ¿Qué singular poder lo había curado, y en cuestión de minutos o segundos?...

Necesité tiempo para serenarme. Los pensamientos, sin embargo, continuaron en desorden. Rememoré lo ocurrido una y otra vez e intenté racionalizar el asunto. Siempre tropezaba en el mismo escollo: Ajašdarpan se hallaba agonizante, con el 80 por ciento de su cuerpo quemado. Nadie, ni en el siglo xx, hubiera podido regenerar semejante catástrofe en segundos o en décimas de segundo. ¿Había asistido, aunque de esas maneras, a la primera curación milagrosa de Jesús de Nazaret? ¿Fui testigo de su primer prodigio? ¿O se trataba del segundo? Y recordé las escenas vividas el 17 de septiembre en el *kan* de Assi, el esenio, a orillas del lago Hule, cuando caminábamos desde el monte Hermón al *yam* o mar de Tiberíades (1). En aquella ocasión, ante el desconcierto general, el Hijo del Hombre se arrodilló también ante un negro tatuado, de nombre Aru, que padecía el llamado mal de amok, una especie de locura que lo convertía en un ser violento y muy peligroso. Jesús alivió una de sus heridas y acarició el rostro del joven negro. A partir de ese momento, Aru cambió y, que yo sepa, nunca más fue asaltado por el referido síndrome. La escena fue relativamente parecida: Jesús arrodillado frente a un ser desvalido; Jesús acariciando a su criatura; Jesús, conmovido, derrama una lágrima, una misteriosa lágrima azul; Jesús, misericordioso...

Dos situaciones casi similares con idéntico resultado... Un resultado inviable para la lógica, pero allí estaba, desafiante. Y sólo era el principio... Este explorador no imaginaba en esos momentos lo que le reservaba el Destino. Fue todo mágico...

Pero, obtuso, seguí mareando el «cómo lo hizo». ¿Cómo lo logró? ¿Cómo era posible? ¿Cómo pudo sanar aquella

(1) Amplia información en *Nahum. Caballo de Troya 7. (N. del a.)*

piel, y aquellos huesos y músculos carbonizados? ¿Cómo modificó la enfermedad que convertía a Ajašdarpan en una criatura con los huesos de «cristal»? La osteogénesis imperfecta («IO») tiene su origen en un defecto genético. Concretamente en uno de los dos *loci* que codifican el colágeno tipo I. El colágeno, como ya expliqué en su momento, constituye el principal elemento orgánico del tejido conjuntivo y de la sustancia orgánica de los huesos y de los cartílagos. El trastorno puede ser expresado por una síntesis anormal o por una estructura deficiente del protocógeno I. En otras palabras: el Maestro, o quien hubiera propiciado el prodigio, tenía que haber manipulado y modificado la totalidad de la carga genética que provocaba el citado mal. Eso significaba una alteración en cada una de las células de Ajašdarpan. ¡Trillones de células modificadas!

Mi cerebro se ahogó nuevamente...

¿A qué me enfrentaba? Mejor dicho, a quién... Y en esos instantes fui visitado por la lucidez: aquel Hombre, a pesar de las apariencias, no era sólo un Hombre; era un Dios. Él tenía el poder. Sencillamente, Él sabía cómo hacerlo y, además, era misericordioso. Con eso era suficiente. Eso era lo importante y lo que yo debía transmitir. El resto era secundario. Pero, al poco, la lucidez se alejó y quien esto escribe siguió enredado en lo circunstancial y en lo puramente anecdótico. ¿Cómo lo hizo? ¿Cómo...?

Llegué a pensar en los *nemos*. Podía inocularlos en el interior del niño y averiguar quizá... Me pareció ridículo. ¿Qué más necesitaba para convencerme? Saltaba a la vista... Y me propuse hablar con el Maestro en cuanto se presentase en la cueva. Tenía que aclarar aquellas terribles dudas...

El sol se despedía ya por el camino que conducía a la localidad de El Hawi. Según los cronómetros de la «cuna», ese miércoles, 30 de enero del año 26, el sol se ocultaría a las 17 horas, 7 minutos y 35 segundos de un supuesto Tiempo Universal. La oscuridad no tardaría en caer sobre el lugar. Me había descuidado. Sumido en estas reflexiones no reparé en el paso del tiempo. También a esto debería acostumbrarme. La vida al lado del Galileo era como un suspiro...

Recordé lo prometido: quien esto escribe, mientras Je-